

BERTA MIR DETECTIVE

**EL CASO DEL
ASESINO INVISIBLE**

La quinta y última novela de Berta Mir

JORDI SIERRA I FABRA

Siruela

Las Tres Edades **Serie Negra**

1

Más que detener mi castigada moto en el aparcamiento situado frente al hospital, lo que hice fue frenar con la rueda delantera golpeando el bordillo, calarla a causa de los nervios y casi caerme por las prisas.

Por lo menos, guardé el casco bajo el asiento y le puse la cadena.

Castigada o no, vieja o no, me gustaba.

Luego eché a correr.

A correr pasando por entre un par de unidades móviles de la tele y varios coches de policía que parecían hacer guardia al pie del centro médico.

La mujer de recepción, habituada a que las visitas de urgencias se abalanzaran sobre el mostrador con caras de susto y preocupación como la mía, no perdió la compostura. Resistió el acoso de mi impaciencia y acabó de hablar por teléfono mirándome con aire de aviso: «Espera a que termine, chica».

Esperé.

Colgó.

-¿El señor Alfredo Sanllehí, por favor?

-¿Ha ingresado hoy?

-Es el policía herido -me costó decirlo.

Con eso no buscó en ninguna lista ni miró su ordenador. El nombre era uno más. «El policía herido» únicamente uno.

–UVI. –Señaló con un dedo hacia el cielo–. Última planta. Los ascensores...

Ya no la oí. Volví a correr. Los ascensores estaban a la izquierda. Había cuatro pero el que abordé tardó una eternidad en llegar, otra eternidad en vaciarse, camilla incluida, y una eternidad más en llenarse con la gente que esperaba. Gente de caras serias.

En el hospital solo sonreían los que salían curados o los que acababan de oír palabras mágicas como «es benigno», «no es nada» o «está bien».

Paramos en todos los pisos, así que para cuando alcancé la última planta ya no podía más. Otra carrera y llegué a una especie de centro de enfermeras, circular, con dos de ellas sentadas y otras dos de pie. Las habitaciones de cuidados intensivos se extendían a ambos lados de su puesto de guardia, tanto por delante como por detrás. Desde allí, desde su estratégico punto neurálgico, lo controlaban todo.

La vida de los pacientes que dependían de ellas, de su vigilancia, de su rapidez en caso de un fallo vital.

–¿Alfredo Sanllehí?

La enfermera, unos cincuenta años, rostro grave, hermosa y de mirada noble, hundió sus ojos en mí.

–¿Es familiar?

–No, pero...

–Lo siento.

–Dígame al menos cómo está, por favor.

En lugar de contestarme, vi que desplazaba los ojos hacia mi espalda, como si allí hubiera alguien.

Lo había.

Me volví y me encontré con una mujer de unos veintiocho o veintinueve años, muy atractiva. Se parecía a

Alfredo. Instintivamente recordé haberla visto en alguna parte, no hacía mucho, quizás unas semanas, o meses. Su rostro estaba sereno, pero los ojos delataban el enrojecimiento provocado por unas lágrimas recientes. La piel era blanca, pálida como las batas de las enfermeras que nos rodeaban.

–¿Quién eres? –me preguntó.

–Me llamo Berta Mir.

–¿La detective? –Esbozó una sonrisa cariñosa.

–Sí.

–Soy Blanca, la hermana de Alfredo. –Se acercó a mí y me dio dos besos en las mejillas.

–¿Cómo está?

–Ven.

Me cogió de la mano y me condujo durante unos pocos metros, hasta una sala de espera vacía en la que había varias sillas y una mesa con revistas. Fue la primera en sentarse. Yo lo hice a su lado, pero con el cuerpo vuelto hacia ella, más y más impaciente.

–Celebro conocerte –volvió a hablar.

–No me imaginaba que Alfredo hablase de mí.

–Lo hace.

–Para quejarse.

–No. –Reapareció aquella sonrisa dulce–. Y ahora lo entiendo.

–¿Qué entiendes?

–Te pareces mucho a Yolanda, y no solo en lo físico. Al menos por lo que me ha contado de ti.

De pronto recordé cuándo y cómo la había visto.

Un día, viendo pasar a Alfredo Sanllehí en coche, riendo.

Ella era la mujer que lo acompañaba.

La mujer que pensé que era su novia.

–No me has dicho cómo está –insistí.

–Estable.

–Y eso ¿qué significa?

–Que es joven y fuerte, además parece fuera de peligro, pero hay que esperar al menos unas horas, veinticuatro, cuarenta y ocho... Nunca se sabe. Los médicos siempre son prudentes. Si no hay complicaciones...

–Dios...

Me vine abajo. Todos los nervios, la angustia, el desasosiego, afloraron en mí como si, de pronto, exudara los miedos y las angustias de los últimos minutos.

–¿Cómo lo has sabido? –Blanca puso una mano encima de las mías y las presionó con cariño.

–De casualidad, por la radio, aunque no han dicho mucho salvo que fue anoche. –Intenté no temblar-. ¿Se sabe quién ha sido?

–No, solo que un hombre le ha disparado por la espalda dos veces.

–Pero alguna idea tendrán sus compañeros...

–Ninguna. Ya están investigando. Es todo lo que me han dicho.

La mano de Blanca Sanllehí continuaba presionando las mías. Era una mano hermosa, suave. No llevaba ningún anillo. Tampoco joyas visibles, ni pendientes ni un collar alrededor del cuello. Nada. Lo único, un discreto reloj de pulsera. Y pese a todo, era elegante, destilaba personalidad. Sin maquillaje, su belleza era muy natural.

–Se alegrará de que hayas venido –me dijo.

–Me parece asombroso que te haya hablado de mí. –Mantuve mi sorpresa.

–Te aprecia. –Ahora sonrió un poco más-. Dice que estás loca pero te aprecia, y, sobre todo, valora tu valentía. Sé que tienes un padre impedido y que tú te has hecho cargo de su agencia de detectives fingiendo ser él.

–No lo digas en plural. Antes era él solo, y ahora soy yo sola.

–Alfredo dice que eres buena, que tienes intuición, pero que te metes en muchos problemas.

–Y eso que no se lo cuento. –La que sonrió ahora fui yo.

Nos quedamos mirando una a la otra, súbitamente amigas.

Dejamos transcurrir unos segundos. Yo los necesitaba para acabar de serenarme. El caos de mi cabeza fue cayendo como una fina lluvia capaz de empapar mis sentidos, mantenerlos vivos, pero ya no enloquecidos.

–Es curioso. –Suspiré.

–¿Qué es curioso?

–Ni siquiera sabía que tuviera familia.

–La tiene, como todo el mundo.

–Para mí era el hombre misterioso. Tan inspector, tan elegante, tan serio casi siempre... –Me di cuenta de que parecía hablar de otra persona, no de Alfredo–. Me ayudó hace casi un año cuando atentaron contra mi padre y nos hemos visto varias veces, siempre con casos policíacos de por medio. Yo... yo creía que me consideraba una plasta.

–No.

–Pues vaya –suspiré.

Quería preguntarle quién era aquella Yolanda a la que me parecía.

Me mordí la lengua.

–¿Puedo verle?

–¿Quieres?

–Sí, por favor.

–No es una imagen agradable, por los tubos y toda esa parafernalia hospitalaria.

–No me importa.

La última mirada. La última presión sobre mis manos.

–De acuerdo, ven conmigo. –Se incorporó la primera.

Salimos de la sala de espera y enfilamos el pasillo. La habitación en la que estaba Alfredo era la última, y quedaba fuera del alcance visual del centro operativo de

las enfermeras. Lo comprendí porque en la puerta hacía guardia un policía de uniforme. Miró a Blanca, pero sobre todo me miró a mí.

–Viene conmigo –le informó mi compañera.

El agente no dijo nada.

Cuando entramos en la habitación, lo primero que vi fue la cama y, sobre la cama, a Alfredo.

Su hermana tenía razón. No era una imagen agradable. Ojos cerrados, el cabello revuelto, los tubos de la respiración asistida saliendo de sus fosas nasales, las agujas clavadas en su brazo, las máquinas que controlaban su ritmo cardíaco, la presión...

Dos personas se incorporaron de sus respectivas sillas al otro lado de la cama. Un hombre y una mujer, mayores ambos, como de sesenta años.

Intenté no quedarme colgada de aquella imagen tan deprimente. Mi amigo debatiéndose entre la vida y la muerte.

–Mamá, papá –dijo Blanca–. Ella es Berta. –Y agregó–: Berta Mir, la chica detective.

Tuve que hacer un esfuerzo para dejar de mirar a Alfredo.

El hombre me tendió la mano. La mujer me dio dos besos y me sonrió mirándome de hito en hito. El resultado de su exploración fue tan curioso como el primero con Blanca.

–Te pareces a Yolanda –manifestó.

Otra vez ella.

No era el momento de hacer preguntas. Volví a centrar mi atención en Alfredo.

Tan distinto.

Recordaba cada momento de nuestra corta y agitada relación. Su decisiva intervención en la resolución del caso de intento de asesinato de papá. Su oportuna aparición cuando me metí en la boca del lobo del trafican-

te de animales exóticos. Nuestro viaje de ida y vuelta a Andorra, sin duda el momento de nuestras vidas en que más tiempo estuvimos juntos y más hablamos. Su ayuda cuando me sacó de la cárcel tras ser detenida en aquella manifestación...

–Las dos balas han salido por delante, y eso ha sido bueno –mencionó Blanca–. La que le ha perforado el pulmón ha hecho daño, pero sin duda la que ha pasado cerca del corazón ha sido la peor. Un centímetro más...

Me estremecí.

–Creía que los asesinos que disparaban por la espalda lo hacían a la cabeza.

Nadie dijo nada. La mujer seguía mirándome. El hombre en cambio observaba a su hijo.

–No quieren que haya más de dos personas aquí –me hizo saber Blanca.

–Claro.

La despedida fue rápida. Emocionada.

La madre de Alfredo hizo algo más que darme otros dos besos: me acarició la mejilla con una enorme ternura y unos ojos cargados de bondad.

Fue cuando caminábamos por el pasillo cuando por fin hice la pregunta:

–¿Quién es Yolanda?

La respuesta me dejó paralizada a pesar de que seguí caminando.

–Era la novia de Alfredo. Iban a casarse. Ella murió hace dos años en un atraco a causa de una bala perdida.